

Periodismo de catástrofes: La actualidad informativa como fuente de incertidumbres

Carlos Lozano Ascencio
Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

1. Periodismo, ¿de qué? ¿Todo es catástrofe?

El relato público y/o publicado de los trastornos que afectan o pueden afectar destructivamente el entorno natural y/o social describe, necesariamente, catástrofes. Ahora bien, al utilizar la palabra “catástrofe” se suelen denominar muchas clases de entidades (concretas, ambiguas, físicas, míticas, convencionales) que tienen un gran repertorio de expresiones y, por consiguiente, una gran cantidad de imágenes asociadas que se prestan a muchas imprecisiones. Sin embargo, la falta de concreciones semánticas no ha impedido, desde las sociedades más remotas hasta el momento actual, seguir utilizando el término “catástrofe” para referirse a los trastornos que han irrumpido destructivamente a lo largo de muchos periodos de la Historia de la Humanidad.

1.1. Ver el desorden desde un orden

La palabra catástrofe deriva del griego Καταστροφή “volverse” o mejor “revolverse”, formado por κατα “abajo” y στρεπειν “torcer”, “girar”¹. Esta primitiva acepción tiene que ver con el *desenlace*, generalmente dramático, de un poema u obra de teatro. Cabe destacar que la catástrofe, en la estructura narrativa de las tragedias griegas, solía ubicarse al final de la pieza con el objetivo de conseguir un cierre fatídico, incuestionable y merecido, tanto para los personajes que asumían sus manchas, intransigencias y errores, como para el público asistente que consentía con resignación la magnitud del castigo alcanzado por el héroe; en dicho colofón catártico se veía y se

¹ Desde el punto de vista lingüístico el término griego expresable como “Katastrophe” ha mantenido su morfema y su lexema en la mayoría (si no en todas) las lenguas vigentes como una palabra fácilmente distinguible con independencia del idioma que se trate. Primero pasó al latín como calamitas, *calamitosus* (asolador, desastroso, funesto, dañoso, desgraciado, agobiado por el infortunio) que llegó a denominar situaciones de la vida cotidiana que sobrepasaban los márgenes de los escenarios teatrales, pero que ayudaba a identificar con meridiana claridad, para la gran mayoría de los hablantes, la experiencia de un “trastorno”.

vivía el “revolvimiento” o “desorden” que no dejaba indiferente a nadie. En este punto hay que destacar que el hecho de entender y emocionarse con el “desorden” sólo podría llevarse a cabo en ámbitos culturales muy estructurados y ordenados por las técnicas escénicas (dramaturgia, actuación, vestuario, decorado). Otro término que se incorporó más tarde al léxico denominador del desorden fue la palabra “desastre”, cuya etimología proviene del latín *desastrum*: *des*, (falta, pérdida), *astrum*, (astro, estrella). Dicho término indicaba la mala suerte, estrella o fortuna que se podía llegar a tener en el transcurso de la vida. La palabra comenzó a ser usada de un modo generalizado en la Francia del siglo XVIII, desde donde se extendió a otros países como consecuencia de la secularización que trajo consigo la Ilustración. Así pues, tanto la palabra “catástrofe” como posteriormente la palabra “desastre” han servido para denominar, delimitar y, sobre todo, ordenar el desorden, ofreciendo contenidos y sentidos a las situaciones de inestabilidad experimentadas tanto en los escenarios teatrales como en la vida real. Dichos términos, desde sus más primigenias acepciones, han sido utilizados socialmente como “llaves interpretativas” para poder distinguir y entender un poco mejor el desorden.

1.2. El imaginario escatológico

Es obvio que si el desorden no es visto desde un orden establecido es muy probable que no se distinga del resto de las cosas, ahora bien, cuando se consigue distinguir al desorden del resto de las cosas, no sólo se alcanza a delimitar y a denominar una situación “amenazadora” o “peligrosa”, sino que, sobre todo, se consiguen desatar miedos individuales y compartidos por parte de los sujetos más concernidos en dicha situación. En este sentido, las recurrentes ideas sobre el final de los días siempre han sido, y aún siguen siéndolo, uno de los más importantes legados mitológicos que perviven en el imaginario social de las culturas, precisamente como “llaves interpretativas” para poder distinguir y entender un poco mejor el desorden circundante. Imágenes repletas de simbolismos que ofrecen advertencias y significados contundentes sobre los irremediables peligros que entraña el devenir incontrolable de cualquier grupo humano. Los mitos escatológicos, en este sentido, han enriquecido las imágenes compartidas del momento y del lugar donde, con toda seguridad, ocurrirá el llamado “Apocalipsis”, “Juicio final” o cataclismo definitivo. Aunque dichas

narraciones se hayan recreado en la destrucción de lo máspreciado y conocido, siempre han dejado entrever alguna señal de regeneración hacia nuevas situaciones de estabilidad, debido a que las destrucciones “absolutas” de la obra humana nunca han sido muy útiles para las fábulas escatológicas, en tanto que siempre ha sido necesario dejar algo inmune y, sobre todo, dejar a alguien que pueda relatarlo para conseguir la regeneración. Así pues, las imágenes escatológicas están presentes en las mentes de los sujetos cuando perciben e interpretan como “catástrofe” un fenómeno de su realidad circundante, y más aún: como el conocimiento mítico es regenerativo comunicativamente de una sociedad a otra y de una época a otra, no tiene por qué resultar extraño pensar que incluso en la actualidad puede haber gente que traiga a su mente escenas del “Diluvio universal” para buscar una explicación que le dé sentido a las inundaciones producidas por el desbordamiento de un río, o recuerde las “plagas de Egipto” para tener una opinión sobre el consumo de alimentos transgénicos. Lo anterior se explica si tenemos en cuenta que hoy en día:

“el Desorden –en sus diferentes encarnaciones: azar, conflicto, accidente, catástrofe– se han incorporado a las representaciones mediáticas: no sólo al orden informativo, sino que es parte integrante de muchas ficciones cinematográficas, televisivas, reflejando así la emergencia de nuevos imaginarios colectivos. Se ha generado una “cultura del desastre” guiada por un “deseo de catástrofe” (...) donde la violencia, la muerte, tienen un lugar preferente y, a la par que generan angustia, ejercen una fascinación morbosa; una sociedad donde el miedo, la angustia, se convierten en elementos fundadores de los relatos y las mitologías posmodernas (...) la relación que se establece con la violencia es fundamentalmente ambivalente –la ambivalencia es la coexistencia de pulsiones contradictorias–, porque es a la vez de atracción y repulsión, porque intenta conciliar lo irreconciliable: lo previsible [el orden informativo] con lo imprevisible [el desorden en forma de accidente]. (...) la catástrofe es inminente y objeto de continuas escenificaciones mediáticas... hasta que se produce realmente, convirtiéndose en destino posible de Occidente. El derrumbamiento de las Torres Gemelas marca la definitiva consagración de la catástrofe como destino fatal, “normalización” de la catástrofe (Imbert 2002:19)”.

Así pues, gracias al ineludible y variopinto cargamento de imágenes escatológicas vigentes que heredamos de antiguas y consolidadas tradiciones culturales, y, en la actualidad, gracias al bombardeo de imágenes de trastornos destructivos procedentes de la acumulación del conocimiento científico, de Internet, de la actualidad periodística y de la ficciones literarias y audiovisuales, cada vez es más frecuente e indiscriminado hablar de “catástrofes” para mencionar toda clase de alteraciones evidentes, probables, necesarias, o incluso legítimas, por mínimas e imprecisas que sean éstas, en la función o estructura de una situación dada. Es decir, se trata de una

tendencia en el uso del término que, sin demasiados rigores, es capaz de entender todo, o casi todo, como catástrofe.

1.3. La información de catástrofes no es información catastrófica

En los tiempos que corren las catástrofes se pueden delimitar como una noción de actualidad informativa que comparte protagonismos en el listado de temas dominantes que construyen las agendas del acontecer público, pero no todas las catástrofes que se relatan son, en realidad, catástrofes y, en el caso de serlo, no siempre lo han sido. Expliquemos esto por partes. En primer lugar, para que una situación de inestabilidad natural y/o social se convierta en catástrofe es necesario que dicha situación se puedan percibir y, sobre todo, expresar (comunicar) públicamente; si los sujetos son capaces de relatar catástrofes (reconstruir narrativamente lo sucedido) es que han conseguido distinguirlas de la realidad vulnerada, para después describirlas e interpretarlas; en este sentido las catástrofes no siempre son imprescindibles para que exista su relato, pero éste sí es ineludible para que existan catástrofes; en consecuencia, el momento más importante (en tanto que comprensible y significativo) de las catástrofes no es aquel en el que se llevan a cabo, sino aquel en el que se relatan; pero la narración de catástrofes no tiene por qué ocasionar trastornos destructivos, más bien, todo lo contrario, al relatarlas las catástrofes se detienen, se delimitan, se empiezan a comprender, tal y como el espectador griego comprendía y vivía el “desorden” catártico de las tragedias. En segundo lugar, no todas las catástrofes lo han sido siempre porque dicha noción ha evolucionado con el paso del tiempo, y la representación que se ha tenido de ellas se ha determinado según el periodo histórico, en este sentido, no sería muy arriesgado afirmar que las épocas históricas se han caracterizado según hayan sido las imágenes colectivas que se tuvieran de las catástrofes, apelando, en cada etapa, al conocimiento (experto y no experto) socialmente disponible².

² Para conocer las ideas que se tienen de las catástrofes según la época histórica, en otros trabajos, *vid.* Lozano Ascencio, 2004, 2005 y 2006. Se ha propuesto como hilo conductor la evolución de los espacios públicos de las distintas sociedades, es decir, en función de los espacios urbanos (y mediáticos en la actualidad) dedicados al intercambio de información de los temas más relevantes para cada sociedad. La configuración histórica de los espacios públicos sirve para este propósito, porque mientras las catástrofes han ido cobrando importancia e interés en los ámbitos públicos, se van desmitificando las causas de los trastornos destructivos, y simultáneamente se va objetivando científica, tecnológica y políticamente a dichos referentes, es decir, si una catástrofe acaece en una época en la que el espacio público está claramente constituido en la sociedad, su inclusión como tema de interés general tiene unas determinadas

La información de catástrofes no es (ni debería ser) una información catastrófica, sin embargo, siempre ha resultado muy difícil hacer una distinción clara entre los datos de pertenencia de una situación de inestabilidad y el estado de ánimo que produce la contemplación de dicha situación; y aunque técnicamente sea más fácil encontrar “catastrofismo” en una opinión prejuiciosa, interesada, maliciosa o exagerada sobre cualquier aspecto de la realidad que en una fotografía de una ciudad devastada por un terremoto, predomina la idea de que la sola transmisión de información de catástrofes genera alarmismo en los receptores. Es cierto que la información de catástrofes suele despertar una mayor inquietud e implicación entre quienes atienden a esos datos, ya sea por el atractivo de las imágenes o porque les concierne mucho más que otros aspectos del relato informativo, pero la contemplación de dichas situaciones de inestabilidad no significa necesariamente que los receptores procesen esa información y la conviertan en conocimientos seguros y compartidos; más bien al contrario, sería de esperar que la información de catástrofes, a la larga, puede llegar a adormecer a los receptores en un estado de perplejidad, y los medios de comunicación tienen mucha responsabilidad a la hora de incentivar puntos de vista desconcertantes entre la gente debido a que estamos muy habituados a percibir grandes cantidades de información pertenecientes a muchas clases de situaciones de inestabilidad social y/o medioambiental que saturan los límites de nuestras capacidades cognitivas para procesar correctamente esos datos y, en consecuencia, poder interpretarlos de forma adecuada; esta confusión mental, que no se disipa al descifrar lo que acontece en las situaciones de inestabilidad, no sólo afecta a los usuarios de los medios cuando reciben la información, sino, también, afecta a los emisores (periodistas, presentadores, redactores) en el momento de reelaborar narrativamente lo sucedido e intentar aproximar (más que explicar) a las audiencias lo sucedido en las quiebras del acontecer.

Nadie pondría en duda que la información de catástrofes siempre es y será noticia, lo anterior se sostiene porque en las rutinas y lógicas periodísticas clásicas se suelen destacar los aspectos más llamativos de las quiebras del acontecer (destrucción, pérdidas económicas, daños materiales, muertes, damnificados, etc.) sin tener en cuenta que las culminaciones catastróficas tan solo son el punto más estruendoso de un proceso

características muy diferentes con respecto a lo que sucedería en una sociedad cuyo espacio público aún no estuviera constituido con claridad. La catástrofe no existe por sí sola en la génesis de su ocurrencia, sino que, dicho acontecimiento, puede adquirir la catalogación de catástrofe a partir del momento en que la afectación de sus consecuencias desequilibra los órdenes, trayectorias o permanencias establecidas de la sociedad y la cultura.

mucho más largo y complejo. No hay que olvidar que toda catástrofe es un proceso que tiene sus causas, desencadenantes, trastornos, afectaciones, consecuencias temporales a corto, mediano y largo plazo y consecuencias espaciales locales y globales. Por eso, si sólo atendemos a un solo punto de un trayecto más largo y complejo estamos entendiendo muy poco o nada de lo que realmente está sucediendo en una catástrofe. Tenemos que reconocer que cuando apenas se tiene información sobre lo sucedido en una catástrofe se incrementa muchísimo el interés periodístico: cualquier dato es noticia, cualquier indicio se convierte en un titular. En cambio, una vez que, con el paso del tiempo, se tiene mucha más información (contrastada y fiable) para explicar lo sucedido, la catástrofe va perdiendo el interés como noticia, ya no forma parte de las primeras páginas, ni de los titulares, a lo sumo se publicará en lugares mucho menos destacados.

Por último, nadie pondría en duda, tampoco, que en la actualidad existen y se perciben mucho más catástrofes que en otros tiempos históricos, lo anterior se explicaría al considerar que no sólo tenemos mucha más información que antes, sino que también nuestras sociedades son infinitamente mucho más propensas a padecer trastornos destructivos; la fragilidad social se ha incrementado a tales niveles que un fenómeno en apariencia inocuo (piénsese en una granizada) hoy en día puede desencadenar muchos más trastornos catastróficos que en otros tiempos, y más aún, dos trastornos similares, registrados y medidos con exactitud en dos tiempos diferentes, el que ocurriese hoy en día contaría con muchas más posibilidades de llegar a tener más repercusiones catastróficas que el anterior a pesar de llevarse a cabo en el mismo espacio acotado.

1.4. Relato de catástrofes: reconstrucción escénica de las quiebras del acontecer

Todas las catástrofes son quiebras del acontecer, pero no todas las quiebras del acontecer son catastróficas, en consecuencia, es necesario tener en cuenta que las catástrofes no son algo que ocurre con absoluta objetividad (ajeno a la subjetividad), sino algo que ocurre en tanto que es reconocido e interpretado por sujetos capacitados para ello. De aquí que la existencia de las catástrofes dependa obligatoriamente de los esquemas mentales básicos de quienes no sólo aprenden a percibir las, siempre y cuando se sientan concernidos, sino también de quienes aprenden a sobrevivirlas. En este punto hay que advertir que los sujetos son incapaces de percibir la suma total de incertidumbre

existente en los entornos circundantes, más bien los sujetos sólo perciben una mínima parte: sobre todo, aquélla que les provoca más desasosiego, perplejidad, angustia o miedo, y esa mínima parte es lo que hemos denominado “entornos concernientes”, o fracciones del entorno que más les interesa atender a los sujetos porque son las que más les afecta³.

Las quiebras del acontecer tienen una gran carga de subjetividad, pero un gran valor objetivo hacia los demás. El ajuste que el individuo hace para acoplarse, entender y expresar esas quiebras, implica la utilización de pautas de conducta, así como valoraciones, comportamientos heredados o adquiridos, intereses personales, sociales o económicos, y hasta programas institucionales que asignan recursos, prácticas y fines para hacer y mantener su relación con el entorno. No hay que olvidar que:

“el sujeto observador es el que da sentido al acontecimiento. Es decir, que los acontecimientos estarán formados por aquellos elementos exteriores al sujeto a partir de los cuales éste mismo va a reconocer, a reconstruir... (Rodrigo Alsina 1989: 81)”.

Las quiebras del acontecer son, ante todo, información del entorno, datos que no se procesan si no se perciben, pero si se perciben y se procesan, se construyen. Así, las quiebras del acontecer siempre han sido, son y serán entidades pergeñadas por la subjetividad humana y tales características de permeabilidad las han convertido, desde siempre, en invaluable armas del poder para manipular las interpretaciones de la realidad. Hay que advertir que los relatos de los hechos de la realidad pueden elaborar avisos, novedades o noticias (reestructuraciones narrativas de la realidad), pero sólo la percepción de tales hechos o relatos puede elaborar aconteceres. Para construir aconteceres se requiere de relatos que describan, interpreten y, en definitiva, “escenifiquen” lo sucedido. Escenificar en este caso tiene que ver con ordenar y llamar la atención a propósito de aquello que se resalta de los entornos concernientes y que

³ En otro trabajo (Lozano Ascencio 2008) el lector puede conocer más en profundidad cómo la lucha por la supervivencia no sólo expande los dominios de existencia que utilizan los sujetos para defender su vida, sino también cómo la supervivencia le permite configurar su propia identidad: “La configuración de los entornos concernientes supone que los sujetos desarrollan la habilidad de saber extraer información del entorno y utilizar esos datos para conseguir los objetivos más perentorios para su supervivencia. En un primer momento consigue configurar los entornos concernientes mediante esquemas de conducta que les permite ajustarse a las eventualidades del entorno, aisladamente, y conseguir, sin ayuda de nadie más, su éxito vital. Hay que decir que los éxitos vitales de los sujetos frente a las eventualidades naturales, no sólo les asegura su permanencia en el entorno sino que también, los reafirma como sujetos. La costosa experiencia de vida les hace tomar más conciencia de su condición de supervivientes; dicha condición les da identidad, les permite percibirse a sí mismos como algo diferente del entorno y diferente a los demás congéneres y les incentiva tanto las ganas de seguir viviendo como la curiosidad por aprender de lo vivido, por conocer a partir de no olvidar”.

intenta reconstruir lo sucedido con una trama narrativa de principio a fin, de planteamientos y desenlaces. Tales relatos en el fondo están configurando escenarios que tienen la facultad de darle sentido a las quiebras del acontecer. Ahora bien, darle sentido a lo sucedido no significa, necesariamente, que el relator conozca en profundidad el proceso complejo de las catástrofes mencionado antes, sino más bien se trata de una estructura narrativa que escenifica con la información disponible una presentación atractiva y verosímil para despertar el interés del espectador. De esta manera, la reconstrucción escénica de las quiebras del acontecer son los escenarios configurados que los sujetos implicados (interesados y concernidos) más atienden para hacer inteligible y coherente lo sucedido en el entorno afectado; es una puesta en escena, (algo así como el “colofón catártico” citado al principio en el que nadie quedaba indiferente para ver y vivir el desorden) que organiza la información y sirve para relacionar, no sólo los hechos acaecidos, sino además otros elementos como personajes, acciones, objetos y circunstancias.

El número y periodicidad de aconteceres públicos, y la correspondiente elaboración de discursos escénicos que ayuden a descifrarlos, han variado históricamente en función de la complejidad (en estructura y funcionamiento) de las formas de poner en circulación y utilizar los sistemas de información, y también en el nivel de conocimientos que facilitan la extracción de datos de los entornos concernientes. Así, en tanto que exista poca información (o de difícil acceso) en un determinado contexto social, con independencia del nivel de conocimientos disponibles, sus habitantes y sus instituciones mediadoras están menos preparados para elaborar dichos discursos escénicos y, por lo tanto, son menos conscientes de la existencia de los aconteceres y de sus quiebras. Por otra parte, aún teniendo abundancia y mejores accesos a la información en un determinado contexto social de escaso nivel de conocimientos disponibles, ni sus habitantes ni sus instituciones mediadoras tampoco estarían preparadas para elaborar discursos escénicos que le den sentido a las quiebras del acontecer. Sólo cuando la abundancia informativa se conjuga con un nivel alto de conocimientos (expertos y no expertos) disponibles en un determinado contexto social tanto sus habitantes como las instituciones mediadores están mucho más preparados para fabricar discursos escénicos a propósito de las quiebras del acontecer y posibilita la conciencia de los riesgos más previsibles, propiciando, de paso, un cambio en la percepción social de los peligros. Hay que tener en cuenta, por defecto, que en las

sociedades que no se llega a conocer la prensa de masas los aconteceres son privilegio, información y poder de unos pocos; en aquellos contextos sociales, el pueblo llano sólo participa de los acontecimientos locales, ya que los trascendentes están controlados por los poderes instituidos que:

“buscan así perpetuarse por un sistema de noticias que tienen por finalidad última negar el acontecer, ya que el acontecer es precisamente la ruptura que pondría en cuestión el equilibrio sobre el cual ellas se fundamentan. Como la verdad, el acontecer es siempre revolucionario (Nora 1978: 167)”.

Es evidente que en nuestros días existen mayores y mejores accesos informativos a las quiebras del acontecer que en épocas anteriores, pero eso no significa que dejen de existir “censuras” o “apagones informativos” que dificulten el acercamiento y el entendimiento de los sujetos más interesados y concernidos; en estos casos, los poderes instituidos, como antaño, tampoco les interesa poner en duda la estabilidad que les soporta en un contexto donde prevalece, precisamente, la inestabilidad. Sirva de ejemplo el comentario de Enrique Gil Calvo a propósito del papel del Gobierno del Partido Popular en los primeros momentos de la catástrofe del petrolero *Prestige*:

“A fin de no crear alarmismo de probable coste electoral, las autoridades públicas minimizaron la inminente llegada de la marea negra, incumpliendo su responsabilidad de prevenir su seguro impacto sobre el litoral. Y para ello no sólo dictaron un estricto apagón informativo sobre todos los medios públicos y privados bajo su control, sino que además incurrieron en serias negligencias en materia de protección civil, fracasando gravemente tanto en su deber de aportar recursos materiales y humanos como en el de coordinarlos y sincronizarlos (Gil Calvo 2003:98)”.

La abundancia informativa sobre las quiebras del acontecer no sólo acarrea mayor cantidad de datos, sino, además, variedad de versiones narrativas para asegurar la implicación irreflexiva de la mayor parte de las audiencias, pero el objetivo más importante de estos relatos, a pesar de su gran carga de subjetividad, es que los sujetos concernidos (emisores y receptores) le den más sentido a lo que sucede y consigan, objetivamente, ofrecer explicaciones provisionales para salir del percance; sin embargo, esos mismos relatos, en muchas ocasiones, en lugar de aclarar las cosas, pueden llegar a convertirse en fuentes de inestabilidad para muchos de los sujetos implicados, esto sucede cuando las mismas noticias, en lugar de informar, propician la deformación de la percepción de los nuevos peligros que entrañan las quiebras del acontecer; dicha deformación de la información no siempre se origina en la construcción del mensaje,

sino más bien en la predisposición del receptor, es decir, en el estado de indeterminación o perplejidad en el que suelen encontrarse los sujetos a la hora de contemplar lo más impactante de las catástrofes.

2. Las situaciones de inestabilidad: de la incertidumbre al riesgo

Las situaciones de inestabilidad son aquellos particulares estados de la realidad social en los que los sujetos que se encuentran inmersos en ellos son incapaces de identificarlos y definirlos con claridad; en esas circunstancias lo que más destaca es la indeterminación y el sentimiento de inseguridad para quienes intentan darles algún sentido. Se establecen cuando los sujetos (a título individual y/o social) sienten la perplejidad de dicha circunstancia; no cobra sentido su “sin sentido” hasta que los sujetos implicados pueden contraponer o asociar lo que perciben con lo que ya conocen o creen conocer; y, finalmente, si los sujetos son capaces de controlar dichas situaciones no lo consiguen por “saber qué es lo que pasa”, sino más bien por “saber qué no es lo que pasa”.

Hay que tener en cuenta que tanto la incertidumbre como el riesgo son situaciones de inestabilidad, sin embargo, son muy diferentes entre sí. La incertidumbre se caracteriza por ser una situación en la que los sujetos involucrados sólo detectan la irresolución de lo que sucede o la resolución de lo que no sucede porque cuentan con poca información y escaso conocimiento para saber contrarrestar la desazón que experimentan. En tales circunstancias los sujetos no tienen certezas de lo que puede pasar, y de llegar a tenerlas desconocen las probabilidades de su ocurrencia, no lo pueden calcular. En cambio, en una situación de riesgo, los sujetos involucrados cuentan con más información y conocimiento para saber salir de dicha situación, tienen más certezas de lo que puede pasar y, de no contar con certezas, tienen más conocimiento de las probabilidades de lo que puede ocurrir, es decir, pueden calcular el desenlace más probable. Hay que decir que si en una situación de riesgo los sujetos involucrados pueden prever la ocurrencia de un trastorno perjudicial se debe, exclusivamente, a la información y conocimientos acumulados con los que disponen en ese momento; por consiguiente, la ubicación de las situaciones de riesgo es una delimitación estrictamente perceptiva de atribuciones especulativas que realizan los sujetos al intentar interpretar la inestabilidad o anormalidad de los entornos circundantes

y más concernientes. Así, si el grado de importancia de los riesgos viene determinado directamente por los niveles de información y conocimiento de los sujetos observadores se puede afirmar que sin éstos, sujetos informados y conocedores, no puede haber riesgos. El riesgo es la medida consensuada de la incertidumbre. Medir la incertidumbre es una manera de especificar, delimitar, conocer y reconocer con más detalles los indicadores de la fragilidad, es decir, la existencia y detección de un riesgo implica el conocimiento necesario para establecer una articulación entre las posibles causas de la vulneración, las situaciones vulnerables y las consecuencias que inevitablemente tendrán la condición de haber sido vulneradas con respecto a su estado inmediatamente anterior. Hablar de riesgos compromete a los interlocutores porque es posible deducir que algo saben a propósito de que algo peligroso (o catastrófico) puede suceder.

Entre la incertidumbre (inestabilidad imprevisible) y el riesgo (inestabilidad previsible) existen muchos matices que gradúan la percepción de las situaciones de inestabilidad, de hecho, los individuos y las sociedades utilizan diferentes clases de herramientas biológicas, técnicas y sociales que les permiten conocer, paso a paso, lo que ocurre en sus entornos para saber actuar sobre ellos, ya sea para modificarlos o, sencillamente, para sobrevivir a sus envites. Ahora bien, se podría decir que un mayor nivel de conocimientos disponibles se correspondería con mayores posibilidades (técnicas y culturales) de saber prever riesgos, que el avance de la reflexividad acarrearía necesariamente un control más efectivo frente a la vulneración de los entornos, no obstante, nuestras sociedades modernas, las llamadas “sociedades del riesgo” no sólo son más frágiles a padecer trastornos destructivos, ni se caracterizan sólo por generar cada vez un mayor número de inestabilidades previsibles, sino que el avance disponible de la ciencia y la tecnología no es suficiente para prever, evitar, ni administrar los riesgos tangibles, dado que siempre hay márgenes de imprevisión que vuelven a impregnar de incertidumbres la realidad estudiada. Daría pues, la sensación de que el proceso histórico que ha llevado a la Humanidad y al conocimiento científico a discernir entre las situaciones previsibles e imprevisibles de inestabilidad, vuelve al punto de partida y que hoy en día nos enfrentemos a nuevas situaciones de “riesgo incontrolable”, según dice Ulrich Beck (2004: 171) como rasgo idiosincrásico de la “sociedad de la incertidumbre”. A este respecto Ramón Ramos (2006: 31-32) nos dice que:

“en la actualidad, esa sociedad del riesgo, que tanto éxito ha obtenido en los dos últimos siglos, está alcanzando sus límites y es incapaz de cumplir sus promesas de seguridad y

sosiego; de ahí que, incapaz de cumplir sus compromisos de aseguramiento del mundo, se acabe convirtiendo en una sociedad de la incertidumbre no reductible ni fácilmente administrable. Del riesgo administrado a la incertidumbre desatada: tal parece ser lo propio de la coyuntura de cambio en la que nos encontramos (...) Las sociedades actuales se están deslizando más allá del riesgo hacia la experiencia de una incertidumbre globalizada, desatada e incluso radicalizada. Esta deriva llega hasta el punto de situar en el espacio de lo incierto e inseguro lo que, a lo largo de la modernidad, estaba exento de incertidumbre: la tecnociencia”.

Si la previsión de las situaciones de inestabilidad depende más del nivel de información y conocimientos disponibles en determinados momentos y/o escenarios concretos, que de la visibilidad, proximidad o inminencia de aquello que tiene la facultad de modificar destructivamente la realidad, es obvio que si no se tiene información ni se sabe nada sobre la ocurrencia de una catástrofe segura nos encontramos ante un dilema: o la destrucción se anticipó inesperadamente, nadie sabía ni preveía que podría ocurrir, o lo que en realidad sucede, en tanto que no es previsto por nadie, carece de interés, que es tanto como decir: “aquí no ha pasado nada”. En otras palabras, cuando la incertidumbre desaparece es porque los sujetos ya no prevén la posibilidad de padecer un trastorno, o porque dicha situación se ha consolidado, consumado, objetivado en otra cosa (catástrofe), es decir, en un cambio destructivo tangible y cuantificable; esta última posibilidad genera, a su vez, nuevas situaciones de inestabilidad imprevisible o incertidumbre.

2.1. Los cambios en la percepción social de los peligros

La actualidad informativa de catástrofes se sustenta en las reconstrucciones escénicas de las quiebras del acontecer, se trata de discursos genéricos y amplios que describen, con meridiana claridad, lo sucedido; su estructura narrativa se caracteriza por ser un esporádico goteo de datos que, con el paso del tiempo, llega a convertirse en un gran torrente de información que desborda, por acumulación, la percepción y comprensión de lo que realmente ha ocurrido y está ocurriendo; de hecho, dicha estructura narrativa funciona exactamente al revés de lo que ocurre en la realidad, en donde la catástrofe se manifiesta a partir de un gran torrente de inestabilidad novedosa e ininteligible que, pasado el tiempo, se va estabilizando en una nueva situación de calma; el testigo presencial o periodista que tiene la oportunidad de elaborar la reconstrucción narrativa delinea, porque no es posible hacer otra cosa en esos momentos, los aspectos

más superficiales, llamativos, e incluso estéticos (“figuras catastróficas”⁴) de lo que ha sucedido en el centro del trastorno; el principal objetivo del relator es restablecer lo más pronto posible, y en primera instancia, su propio desasosiego psicológico, para luego intentar reequilibrar con sus palabras el desasosiego de los espectadores que lo atienden. Hay que destacar que, en esos momentos tan intensos, ni al relator ni a los espectadores se les pasaría por la cabeza buscar antes el restablecimiento del equilibrio externo que el suyo propio, dado que, como se ha dicho más arriba, no se puede ver el desorden sin la lente de un orden de cosas ya establecido. En el magnífico documental *11/9* realizado en el año 2002 por los hermanos Naudet puede apreciarse cómo los protagonistas del filme (los bomberos de Nueva York y los propios cámaras que realizaron el rodaje) terminan su particular visión y experiencia durante el derrumbamiento de las Torres Gemelas del World Trade Center dando por buena su propia supervivencia, es decir, en esa situación de enorme inestabilidad imprevisible los relatores y los profesionales del salvamento dan por satisfechas sus tareas, no por llevarlas a cabo con éxito, sino tan sólo por salir con vida de dicha situación.

2.1.1. Los discursos genéricos de la actualidad informativa de catástrofes

Los medios de comunicación no aportan información rigurosa con los discursos genéricos de las reconstrucciones escénicas de las quiebras del acontecer, más bien, facilitan el acceso de un gran número de gente que tele-experimenta la inestabilidad de manera simultánea, es decir, la convergencia tecnológica (unión en red de las industrias culturales, la informática y las telecomunicaciones) ha contribuido a cambiar la “percepción social de los peligros”. Las nuevas tecnologías eliminan las barreras del tiempo y el espacio y acercan los acontecimientos a los sujetos receptores facilitando la tele-experimentación de situaciones de inestabilidad social. Daría la impresión de que los receptores estuvieran en el lugar de los hechos, como si también fueran damnificados porque no son conscientes de la existencia de las mediaciones (comunicativas y técnicas) que les permiten acercarse, en tiempo y en espacio, a los escenarios de los hechos. La sociedad tele-damnificada es la experimentación de la

⁴ Las “figuras catastróficas” son imágenes o frases estereotipadas que facilitan la implicación de los sujetos frente a las reconstrucciones escénicas de las quiebras del acontecer; dichas figuras apelan a la “culpabilidad”, a la “personificación” o la “atracción llamativa del desorden” para convertirse, como se verá más adelante, en recursos expresivos que llegan a imponerse hegemónicamente.

afectación catastrófica a distancia (tanto espacial como temporal), dicha experimentación sería imposible de llevar a cabo sin mediaciones comunicativas y que, a partir de la catástrofe de Chernobyl en 1986 hasta nuestros días, ha cobrado especial relevancia. Sociedad tele-damnificada también puede entenderse como una disposición generalizada (que va arraigando culturalmente) de adhesión al victimismo (sentirse víctima sin serlo o adjudicarse ese rol social). Cualquier sociedad contemporánea, por definición e imperativos técnicos, puede convertirse en una sociedad tele-damnificada, pero no siempre opera de la misma manera, mucho depende de las “mediaciones” (selección, jerarquía, tiempo, profundidad en los tratamientos informativos) y también depende de los grados de implicación (frente a la reflexividad) de los receptores al percibir dicha información de catástrofes. Los “tele-damnificados” no son víctimas mortales ni damnificados directos de una catástrofe, casi siempre son sólo una audiencia mediática consternada, auto-aludida que reacciona más bien de una manera visceral que racional (por lo general se reacciona de manera muy loable y solidaria). Cualquier tele-espectador, por definición e imperativos técnicos puede ser un “tele-damnificado”. Lo más importante de la afectación a distancia (espacial y temporal) no son las variadas reacciones de los espectadores que se consideran “tele-damnificados” sino que dicha circunstancia forma y favorece la percepción social de situaciones de incertidumbre.

2.1.2. Los discursos hegemónicos y canónicos sobre las quiebras del acontecer

Al incrementar los niveles de información y conocimiento no sólo mejoran los formatos narrativos que reconstruyen y explican las quiebras del acontecer, sino que, sobre todo, se van imponiendo hegemónicamente en las prácticas sociales rolificadas para saber ubicarse, prever y gestionar las quiebras del acontecer, esta supremacía discursiva incluso puede desembocar en relatos ejemplares o canónicos en los que los mayores niveles de información y conocimiento facilitan la existencia de protocolos sociales de previsión y afrontamiento.

Habría que reconocer que si dicho avance de la reflexividad social estuviera aparejado al manejo de los discursos utilizados por los medios de comunicación sabríamos que las últimas propuestas científicas, en relación con la prevención de situaciones de inestabilidad, aparecerían con mucha más frecuencia en los relatos de la actualidad informativa de catástrofes; todos sabemos que no es así, que, como mucho, el

mayoritario discurso genérico sobre catástrofes más bien impone “llaves interpretativas” para poder distinguir y entender un poco mejor el desorden (tal y como se impusieron en las sociedades más antiguas las palabras “catástrofe” y “desastre” para explicar el “desorden”). Hoy en día, el cambio experimentado en la percepción social de los peligros, frente a las quiebras del acontecer, obliga a los sujetos a esforzarse a mantener un constante equilibrio entre los peligros que más les atañen y les comprometen frente a los peligros que les parecen razonablemente importantes y relevantes, aunque con éstos últimos no necesariamente se sientan implicados. La diferencia es clara, mientras predomine la urgencia los sujetos saben con claridad cuál es el peligro que más les incumbe, en tanto que si predomina la complejidad los sujetos deciden u opinan sobre el peligro más relevante. Históricamente, los discursos genéricos disponibles (mediáticos o no) sobre las quiebras del acontecer se han impuesto de forma hegemónica a la reflexividad de los sujetos, en algunas ocasiones como producto de ideas doctrinarias dominantes, en otras como resultados de hábitos culturales que terminan extendiéndose y asentándose en el imaginario escatológico de las sociedades.

Los discursos hegemónicos, sobre las quiebras del acontecer, realizan previsiones para confirmar las vulnerabilidades de algún estado de la realidad social, apelando al conocimiento experto (científico) o no experto (genérico) con tal de centrar la atención en la existencia de futuras situaciones reales de riesgo; en este sentido, cuando los discursos hegemónicos desembocan de manera fehaciente y contrastada en una previsión inequívoca de riesgos inminentes, dichos discursos se convierten en relatos más bien ejemplarizantes (canónicos) que la sociedad en su conjunto se ve en la necesidad imperiosa de atender, aunque en realidad sean los sujetos mayor implicados y preocupados los que más atención prestan, para adoptar respuestas organizadas (protocolarias) y saber lo que se tiene que hacer para atenuar, afrontar, administrar o, en caso extremo, huir de esas situaciones de riesgo⁵.

⁵ Para ejemplificar el paso del discurso hegemónico al canónico puede servir el caso del documental *An Inconvenient Truth (Una verdad incómoda. Una advertencia mundial)* Estados Unidos, 2006, dirigido por Davis Guggenheim y protagonizado por el ex-vicepresidente Al Gore; se trata de un discurso audiovisual que consiguió su hegemonía social en varios festivales cinematográficos: *Sundance Film Festival, Cannes Official Selection* e incluso obtuvo el Oscar de Hollywood, en 2007; más adelante, además de que Al Gore obtuviera el Premio Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional 2007 por su “decisiva contribución al progreso en la solución de los problemas del cambio climático” y el Premio Nobel de la Paz 2007, el documental logró su canonicidad científica definitiva en la 27ª reunión del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) de la ONU reunida en noviembre de 2007, en Valencia.

Es cierto que a mayor grado de reflexividad en los discursos sobre las quiebras del acontecer mayor es el nivel de científicidad y ejemplarización protocolaria, sin embargo los medios de comunicación en sus discursos informativos genéricos (y generalistas) a propósito de estos asuntos no suelen utilizar unilateralmente esa clase de relatos tecno-científicos, más bien abordan los acontecimientos apelando al conocimiento (experto y no experto) socialmente disponible con tal de despertar el interés de los espectadores y hegemonizar las reconstrucciones narrativas y escénicas de las quiebras del acontecer; en este sentido, los mencionados cambios en la percepción social de los peligros no sólo es un permanente conflicto de los sujetos entre la implicación y complejidad de lo que pasa, sino también los medios de comunicación, al abordar narrativamente las quiebras del acontecer, intentan mantener su particular equilibrio entre la apelación a los instintos más básicos de los sujetos (miedos, temores, amenazas) y la apelación a su reflexividad cognitiva para detectar las fragilidades o riesgos más previsibles. ¿El discurso científico está tan alejado que su utilización no facilita la inteligibilidad de las quiebras del acontecer o es que nos encontramos en una época donde también los conocimientos son frágiles? Para responder a estos interrogantes Bechmann (2004: 29) comenta que:

“la observación más notable es la falta de conocimiento robusto en el debate sobre el riesgo. Las consecuencias positivas o negativas de decisiones relativas a tecnologías o cambios ecológicos están asociadas a una gran incertidumbre, de tal manera que finalmente sólo puede haber opiniones, escenarios, etc., más o menos plausibles sobre lo que podemos esperar en el futuro. La razón por la que nos volvemos hacia la ciencia es porque, aunque somos conscientes de la incertidumbre, preferiríamos tener certezas. Nos volvemos hacia la ciencia con la convicción de su racionalidad superior y una confianza intacta en la viabilidad y la controlabilidad del mundo moderno. Sin embargo, estas convicciones son seriamente dañadas y socavadas técnicamente, socialmente y temporalmente por el problema del riesgo”.

Los medios de comunicación intervienen, sobre todo, en la imposición de discursos hegemónicos que construyen y actualizan continuamente las imágenes de la fragilidad social, y también hacen uso, aunque en menor medida, de discursos canónicos que contribuyen a establecer normas para afrontar los riesgos sociales más previsibles; hay que decir que cuantas más referencias al peligro se propone y cuantas más percepciones de amenazas se representan en sus relatos se generan reacciones básicas de miedo en aquellas personas más desvalidas ante la complejidad de los discursos, como es el caso de los niños y de las personas con niveles de formación y educación

escasos. Esta clase de individuos utilizan lo que más a mano tienen, incluyendo el imaginario escatológico, para deducir, a su manera, claro está, que podrían morir quemados por el calor después de haber visto un reportaje sobre el cambio climático.

En suma, ni los discursos científicos ni los discursos mediáticos elaboran sus reconstrucciones narrativas sobre las quiebras del acontecer motivados sólo por la urgencia o sólo por la complejidad, ambos necesitan que sus discursos mezclen diferentes intervalos de implicación y reflexividad. La mezcla o convivencia de la implicación y de la reflexividad en los discursos (genéricos, hegemónicos y canónicos) sobre las quiebras del acontecer tiene su razón de ser para conseguir que los sujetos entiendan y se sientan concernidos ante los nuevos peligros, pero también la mezcla obedece a que incluso en los niveles más altos de reflexividad los riesgos no son controlados en su totalidad, se trata de riesgos incontrolados con notables márgenes de imprevisión e incertidumbre a pesar de estar sometidos a una estrecha vigilancia y control científicos.

3. La actualidad informativa como fuente de incertidumbres

Hoy en día, los grados de implicación y de reflexividad de los sujetos, frente a las quiebras del acontecer, están influidos, mayoritariamente, por los discursos mediáticos, ya que éstos propician que los sujetos coloquen en un mismo plano la urgencia y la complejidad de las situaciones de inestabilidad provocadas por catástrofes de origen natural (huracanes, terremotos), por catástrofes tecnológicas (mareas negras, accidentes nucleares) y por catástrofes violentas (atentados, guerras). Es decir, el grado de implicación no sólo se determinaría por la experiencia sino también por el nivel de información y conocimiento y, además, el grado de reflexividad no sólo se debería a los niveles de información y conocimiento sino también por el resultado de haber teleexperimentado una determinada situación de inestabilidad. En consecuencia, la actualidad informativa como fuente de incertidumbres consigue homogenizar la complejidad social y propiciar la delegación de compromisos individuales.

Vayamos por partes, el hecho de que se homogenice la complejidad social porque la actualidad informativa se percibe como fuente inagotable de incertidumbres se explica cuando los sujetos suelen colocar en un mismo y muy amplio nivel toda clase de asuntos públicos y privados, siempre que dichos temas inciten miedo, sean

detectados como peligros o se interpreten como posibles amenazas para la integridad y/o continuidad de dichos sujetos. El hecho de equiparar perceptivamente “temores” de naturalezas tan dispares como “sufrir un asalto en el casco urbano de una gran ciudad” con “verse afectado por el calentamiento climático del planeta” pone de relieve dos cosas: 1) cualquier avatar social o natural puede ser considerado como fuente de incertidumbres y, 2) los sujetos, habituados a esta clase de percepciones, se desentienden gradualmente de tener una actitud más activa, crítica, racional y responsable frente a las eventualidades que acaecen en los entornos (sociales y naturales) que les circundan. En la sociedad actual, mientras la ciencia y la tecnología prevén riesgos, los ciudadanos, condicionados por los medios de comunicación, perciben incertidumbres, y ésta, es una noción mucho más acorde con las claves perceptivas que utilizan los sujetos para detectar, interpretar y actuar en los entornos naturales y sociales que más les conciernen, y también, más acorde con las claves de reconstrucción informativa que permanentemente realizan los medios de comunicación a la hora de seleccionar, jerarquizar y dar a conocer la actualidad.

Por otro lado, el hecho de que se propicie la delegación de compromisos individuales porque la actualidad informativa, sobre las quiebras del acontecer, se percibe como fuente inagotable de incertidumbres se explica cuando se destacan aquellas situaciones de inestabilidad con las que la gente se siente más implicada (cultural y medioambientalmente) frente a las situaciones de inestabilidad que puedan llegar a tener mayor información, sean o no quiebras del acontecer en entornos próximos; así, el exceso de información procedente del acontecer de catástrofes, no sólo inhibe la reflexividad de los sujetos sino que incita su posicionamiento emotivo frente a las situaciones de inestabilidad; dichas posturas irreflexivas acarrearán que el sujeto no sólo determine la importancia de una quiebra del acontecer porque le implica, sino además dicha implicación le ayuda a decidir (reflexivamente) que esa situación no es importante (“he decidido que eso no va conmigo”); también se puede dar el caso contrario dado que la información disponible de una quiebra del acontecer distante le ayuda a decidir (reflexivamente) que dicha situación es muy importante (“he decidido que eso va conmigo”).

En una investigación reciente⁶ realizada a un grupo de estudiantes de Comunicación en España se les pidió que manifestaran sus valoraciones en torno a las formas en las que perciben y delimitan individualmente la incertidumbre social, y también se les pidió que valorasen las formas en las que perciben la construcción informativa que realizan los medios de comunicación; se trataba de equiparar la implicación frente a la reflexividad de los principales temas de la actualidad informativa. De dicha investigación cabe destacar la forma en cómo se estructuraron las percepciones: a) *Temas que me conciernen y (sé / he decidido) que son muy importantes*: desempleo, inmigración y corrupción; b) *Temas que me conciernen pero (sé / he decidido) que no son muy importantes*: medioambiente, problemas de salud e inseguridad ciudadana; c) *Temas que no me conciernen pero (sé / he decidido) que son muy importantes*: catástrofes naturales, drogadicción, fundamentalismos religiosos, violencia doméstica; d) *Temas que no me conciernen y (sé / he decidido) que no son muy importantes*: educación y familia. Esta forma de jerarquizar los temas de actualidad en función de la atención e importancia individual (implicaciones) y también en función de la atención e importancia informativa (hegemonía y canonicidad reflexivas) de los discursos mediáticos pone de relieve que la implicación siempre se sobrepondrá a la reflexividad de los sujetos, de hecho, el grado de implicación, con independencia del nivel de reflexividad, determina si los sujetos deciden manifestar arbitrariamente egoísmo o solidaridad frente a las quebras del acontecer.

Las claves de la actualidad informativa como fuente de incertidumbres están en función de los niveles de selección/omisión y jerarquización que hacen las agendas de los medios y lo que las opiniones públicas manifiestan como principales problemas sociales. Esta relación permite ahondar en los márgenes temáticos que pueden generar incertidumbre. Es decir, dependiendo del país, de su espacio público informativo, determinadas temáticas son más susceptibles de considerarse como un asunto generador de incertidumbres. Lo que puede ser destacado en España no necesariamente tiene que ser igual en otro país. Es verdad que la globalización ayuda a que se vayan homogenizando las percepciones de todas las sociedades y que las medidas preventivas se extiendan y afecten por igual aunque dichas medidas sean interpretadas de manera diferente según los contextos. Cítese, por ejemplo, las medidas de seguridad

⁶ “Medios de Comunicación y Construcción Social de la Incertidumbre” Programa de Apoyo a la Investigación e Innovación Tecnológica, PAPIIT, UNAM, México, 2005-2007.

establecidas con el equipaje de mano de los pasajeros de avión. Es aceptable prevenir atentados terroristas, pero de ahí a que pueda suceder o no, en un determinado lugar, hace que la gente perciba ese tema de manera muy diferente. Mientras algunos ciudadanos se lo pueden tomar muy en serio; otros se lo toman a risa, pero todos lo aceptan y lo toleran como una medida necesaria o prudente. La percepción de la actualidad informativa como fuente de incertidumbres depende de cada persona (de su cultura y formación) y también de la idiosincrasia de cada sociedad. A título personal un sujeto con bajos niveles de formación y educación tiene miedos básicos, elementales, pero un sujeto con altos niveles de formación y educación experimenta miedos mucho más elaborados. El de escasa formación no sabe o no suele percibir riesgos en tanto que el de formación alta no hace otra cosa que preverlos; a título colectivo una muchedumbre inculta, masiva, manifiesta temores básicos, pero sólo la sociedad de públicos (no la sociedad de masas moderna, porque ésta sigue siendo igual de elemental) es la que tiene la posibilidad de tener miedos más sofisticados, movilizados y constructivos. Las sociedades modernas son muy sofisticadas y producen muchos riesgos, las sociedades incrementan al máximo sus niveles de vulnerabilidad, en consecuencia, la información transparente de esa situación genera incertidumbres; y muchas más si la información no es transparente. Hay que tener en cuenta que se puede dar el caso en el que exista una situación de incertidumbre real, pero si ésta no es abordada por los medios de comunicación, no es atendida socialmente; y a la inversa, puede haber una situación en donde no exista una circunstancia real y comprobada de incertidumbre, pero ésta puede existir si los sujetos la perciben y la comparten informativamente. Lo anterior sitúa al periodismo de catástrofes y a la actualidad informativa como fuente de incertidumbres en un fenómeno eminentemente comunicativo antes que social, psicológico o político, sin olvidarnos que la comunicación necesita de categorías sociológicas y psicológicas para configurarse como una herramienta necesaria y muy útil para entender esta clase de fenómenos.

Así pues, el exceso de información procedente de las quiebras catastróficas del acontecer, no sólo inhibe la reflexividad de los sujetos sino que incita a su posicionamiento emotivo frente a las situaciones de inestabilidad; la información mediática sobre estos temas suele generar tanta o más incertidumbre, aunque el cometido inicial de los emisores sea prever o gestionar la inestabilidad. Las predisposiciones culturales y psicológicas de los receptores determinan esa clase de

percepción social de los peligros que acarrea posturas irreflexivas en las que los sujetos implicados deciden la trascendencia o intrascendencia de una quiebra del acontecer no ya en función de su propia reflexividad, sino más bien en relación con lo que más les puede concernir.

4. Bibliografía

- Allègre, C. (2007) *La sociedad vulnerable. Doce retos de política científica*, Barcelona: Paidós.
- Bechmann, G. (2004) "Riesgo y sociedad post-moderna". In Luján J. L. & Echevarría J. (eds) *Gobernar los riesgos. Ciencia y valores en la sociedad del riesgo*, Madrid: OEI/Biblioteca Nueva.
- Beck, U. (2004) "La sociedad del riesgo mundial reexaminada: la amenaza terrorista" en Luján J. L. & Echevarría J. (eds) *Gobernar los riesgos. Ciencia y valores en la sociedad del riesgo*, Madrid: OEI. Biblioteca Nueva.
- Farré Coma, J. (2005) "Comunicación de riesgo y espirales del miedo", *Comunicación y Sociedad* 3.
- Gil Calvo, E. (2003) *El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación*, Madrid:Alianza.
- Imbert, G. (2002) "Azar, conflicto, accidente, catástrofe: figuras arcaicas en el discurso posmoderno (entre lo eufórico y lo disfórico)", *Trama y Fondo* 12, 19-30.
- Lozano Ascencio, C. (2004) "La cultura del riesgo global a las catástrofes" en *Incorporación del componente de riesgos en la escuela*, Universidad Nacional de Colombia. Programa de Fortalecimiento de la Capacidad Científica en la Educación Básica y Media - Red. Bogotá.
- Lozano Ascencio, C. (2005) "Aportaciones para una historia del Acontecer Catastrófico". In Fidalgo, A. & Serra, P. (eds.) *Actas do III Sopcom, VI Lusocom e II Ibérico*, Volume III "Visões Disciplinares, Universidade da Beira Interior: Covilhã, 89-97.
- Lozano Ascencio, C. (2006) "Entornos urbanos y sociedad del riesgo". In *III Jornadas de Ingeniería y Sociedad*, Madrid:Fundación Técnica Industrial,175-191.

- Lozano Ascencio, C.; Piñuel, J. L. & Gaitán, J. A. (2007) "Incertidumbre y comunicación. Dominios de supervivencia y estructuración del acontecer", *Diálogos de la Comunicación* 75. <http://www.dialogosfelafacs.net/75/articulos/pdf/75CarlosLozano.pdf>
- Lozano Ascencio, C. (2008) "El medio ambiente como una referencia dominante en la construcción social del acontecer catastrófico". In Carabaza, J. & Lozano, J. C. *Comunicación y Medio Ambiente. Reflexiones, análisis y propuestas*, México: ITESM, (en prensa).
- Nora, Pierre (1978) "L'événement monstre", *Communications* 18.
- Piñuel Raigada, J. L. y Lozano Ascencio, C. (2006) *Ensayo general sobre la comunicación*, Barcelona: Paidós.
- Ramos Torre, R. (2006) "La deriva hacia la incertidumbre de la sociedad del riesgo". In
- Ruano Gómez, J. D. (Dir.) *I Jornadas sobre gestión de crisis. Más allá de la sociedad del riesgo*, Universidade da Coruña: A Coruña, 27-43.
- Rodrigo Alsina, M. (1989) *La construcción de la noticia*, Barcelona: Paidós.
- Ruano, Juan de Dios (ed.) (2005) *Riesgos colectivos y situaciones de crisis: el desafío de la incertidumbre*, Universidade da Coruña: A Coruña.